

peraba este movimiento, más rápido en acción que el infeliz comerciante, sacó la pistola del cinto y apuntando con ella al desventurado español, continuó socarronamente:

—¡Es inútil, don Mateo, es inútil! Si se mueve usted lo mato, y si no lograra yo hacerlo, lo harían mis muchachos. Ya tienen el orden. Con que tengamos la fiesta en paz. ¿Dónde está Carmen?

El golpe moral fué tan rudo, que Mateo no tuvo tiempo de reflexionar en lo que iba a responder; fascinado por la presencia de aquel bandido como un pajarillo por la vista de una serpiente, contestó con lastimero tono sin darse cuenta de lo que hacía:

—¡Está dentro, mi general, pero no se la lleve! ¡Ya ve usted que siempre he hecho lo que usted me ha ordenado!...

El guerrillero rióse descaradamente al ver el aspecto angustioso de don Mateo, aspecto que juzgó él síntoma de invencible miedo, y levantando la puerta del mostrador entró en la tienda, dirigiéndose sin vacilar a la puerta que comunicaba con las habitaciones interiores, diciendo al mismo tiempo:

—¡Eh, déjese de lamentaciones. Voy por la muchacha!

Y entró. Pero no bien hubo desaparecido por la angosta puertecilla, don Mateo lanzó un grito bronco, de un salto se halló junto al cajón de las ventas, é introduciendo en él

la mano, sacó nervisamente el revólver que allí guardaba constantemente... Después, tembloroso, con los ojos saliéndosele de las órbitas y los labios cubiertos de una espuma sanguinolenta, montó el arma y colocándose a un lado de la puerta de comunicación esperó... esperó con el arma preparada...

Asomó, al fin, por la puertecilla la inocente víctima, pálida, desencajada, llorosa, procurando convencer á su verdugo de que la dejara; pero no pudiendo detenerse en su camino porque el «Tigre» la empujaba brutalmente por la espalda...

Cuando Mateo vió á su hija en aquel pavoroso estado lanzó un grito bronco, grito de rabia y de angustia, grito de desesperación, pensó quizá en aquel momento en la espantosa suerte que esperaba á su hija, á su único amor, y empujado por la mano fatídica de la locura, tendió el arma hacia la hermosa cabecita de la muchacha, oprimiendo el gatillo é hizo fuego...

¡Estalló un grito agudo, un grito horrible, y Carmen cayó con el cráneo despedazado! Después, antes de que el «Tigre» pudiera hacer un movimiento, don Mateo se apoyó la pistola en la cabeza y disparó de nuevo.

El cuerpo del desgraciado andaluz sin una sola convulsión, rodó pesadamente en el piso de aquella tienda que había sido codiciada por tantos cerebros lugareños.

ALBERTO HERRERA.

